

Eduardo Blanco-Amor

*Los miedos*

Edición de Emilio Peral Vega

CÁTEDRA  
LETRAS HISPÁNICAS

# Índice

INTRODUCCIÓN .....	9
Eduardo Blanco-Amor: entre Orense, Buenos Aires y Madrid .....	11
<i>Los miedos</i> .....	30
Del poso realista al esperpento valleinclanesco .....	30
El deseo homoerótico naciente .....	46
Una relación controvertida con la censura .....	71
El manuscrito truncado del 58 .....	89
ESTA EDICIÓN .....	93
BIBLIOGRAFÍA .....	95
LOS MIEDOS .....	99
Advertencia .....	103
Capítulo I .....	111
Capítulo II .....	126
Capítulo III .....	138
Capítulo IV .....	148
Capítulo V .....	159
Capítulo VI .....	171
Capítulo VII .....	177
Capítulo VIII .....	190
Capítulo IX .....	202
Capítulo X .....	212

Capítulo XI .....	222
Capítulo XII .....	232
Capítulo XIII .....	240
Capítulo XIV .....	253
Capítulo XV .....	264
Capítulo XVI .....	274
Capítulo XVII .....	286
Capítulo XVIII .....	294
Capítulo XIX .....	303
Capítulo XX .....	313
Capítulo XXI .....	321
Capítulo XXII .....	327
Capítulo XXIII .....	332

## *Introducción*

*A Miguel, Maricarmen y Maritere,  
por los miedos que sorteamos juntos, siempre juntos*

*Et, ben, c'est formidable les copains.  
On s'est tout dit, on s' sert la main.*

«La place des grands hommes»,  
PATRICK BRUEL

EDUARDO BLANCO-AMOR:  
ENTRE ORENSE, BUENOS AIRES Y MADRID

Eduardo Blanco-Amor nació en Orense el 8 de septiembre de 1897. Muy pronto descubrió en su ciudad natal un ambiente demasiado estrecho para un joven que, después de una infancia que él mismo calificó como triste (Freixanes, 1979: 88), buscaba más alicientes para desarrollarse vital e intelectualmente. En entrevista concedida a TVE para el programa *Encuentro con las Artes y las Letras* —emitido el 25 de marzo de 1977—, a la pregunta de Roberto Lamas sobre por qué se fue a América siendo tan joven, él responde con rotundidad: «Yo no fui a, sino que salí de. [...] Mi iniciación de la juventud [y] el alojamiento de mi adolescencia no casaban bien con el ambiente»<sup>1</sup>. Su condición homosexual, nunca ocultada, no tardó en causarle problemas<sup>2</sup>, hasta el punto de que su salida de Galicia, rumbo a Buenos Aires, allá por 1919, parece responder a un ambiente opresivo que empezaba a señalarlo. Y es que, tras una formación básicamente autodidacta, bajo la tutela

---

<sup>1</sup> La transcripción completa de dicha entrevista se conserva en la Fundación Eduardo Blanco-Amor de Orense —en adelante FEBA— (Caja XVI/209).

<sup>2</sup> Ian Gibson, de hecho, lo describió en los siguientes términos: «Gay desinhibido y extravagante, en su juventud escandalosamente guapo, adquirió en la capital argentina un aire cosmopolita y dandi que no le abandonaría nunca» (2009: 298).

de Vicente Risco<sup>3</sup> y Primitivo R. Sanjurjo, apenas había empezado a colaborar con *El Diario de Ourense* cuando fue acusado de unas prácticas «indebidas y contrarias a la moral y a la naturaleza» (González Tosar / Pérez Rodríguez, 2007: 20, nota 2) que, a la postre, provocaron su destitución como «porteiro na Inspección de Ensino Primario da súa cidade natal» (Carro, 1993: 10).

En la capital argentina, lejos de postergar la defensa de unos orígenes que algunos compatriotas olvidaron priorizando otros intereses, desarrolló una labor generosa y encomiable, siempre comandada por su deseo de rehabilitar la cultura gallega entre los emigrados. Desde esta óptica hemos de entender la fundación, junto a Ramiro Isla Couto, de la revista *Terra*, escrita íntegramente en gallego, y cuyo primer número fue publicado el 25 de junio de 1923. Llegaría después *Céltiga. Revista gallega de arte, crítica, literatura y actividades*, cuya entrega inicial, publicada en Buenos Aires el 24 de septiembre de 1924, llevaba como presentación una bellísima ilustración de Ramón Peña<sup>4</sup> titulada «Terra a nosa» [«Nuestra tierra»] y que representaba a una muchacha ataviada con un traje de faena regional. Se trataba de toda una declaración de principios. La publicación, que optó por el castellano, supuso la integración de diversas generaciones de gallegos, con espectros ideológicos muy

---

<sup>3</sup> En la ya aludida entrevista para TVE, hablaba de Risco como «un saber poderosísimo, de una conciencia europeizante verdaderamente arrebatadora» (FEBA, Caja XVI/209).

<sup>4</sup> Ramón Peña ilustró las cubiertas de los nueve primeros números. Cabe destacar, entre las suyas, una Colombina y un Pierrot cortejándose, con resabios *fin-du-siècle*, del número 8. Después, se fueron sucediendo diversos ilustradores. Entre ellos destacó Saúl Borobio, caracterizado por una factura que, sin perder la referencia a los motivos gallegos, se aproximaba más a la vanguardia. Véase la *paisana*, con cierto aire al estilo *clownesco* del uruguayo Rafael Barradas, que principia el número 23, correspondiente al 10 de diciembre de 1925. Finalmente, se optó por fotografías de diversas autorías.

dispares: desde Valle-Inclán hasta Goy de Silva, pasando por Wenceslao Fernández Flórez y Manuel Linares Rivas. En sus números tercero y cuarto, correspondientes al 30 de octubre y el 15 de noviembre, Blanco-Amor colaboró con el artículo «La canción y el paisaje», un ejercicio de sinestesia en el que los recuerdos de la tierra perdida se unen, de forma incontrovertible, a los sonidos que de ella se desprendían:

El alma se aturdió en aquel silencio tremendo de la naturaleza. De pronto, sin saber de dónde ni de quién, surgió el *alalá* límpido, cristalino, milagroso y llenó todo el valle y todo el espacio de una inefable dulcedumbre. Todo cobró un sentido inesperado y exacto, como si acabase de ser interpretado: el río macilento, la noche vecina, los montes roídos y el gesto expectante de la luna, que venía dando tumbos por la dentada crestería de las sierras del Bierzo. Entonces sentí como un incontenible deseo de arrodillarme; parecía que algo se desprendía de mi corazón y volaba. Y en aquel supremo éxtasis que jamás volvió a repetirse, el *alalá* cayó nota a nota dentro de mí mismo, se hizo esencia y vida de mi ser y encadenó mi alma con ritmos nuevos. Desde entonces, cuando tengo hambre de mi tierra y este frío de lejanía que sentimos en el corazón los que la amamos, repito calladamente mi *alalá* y me es permitido el don supremo de revivir un trozo de aquel instante iniciático, que aromó para siempre mi vida (1924: 8 y 7).

Pero también cabe considerar desde esta perspectiva su colaboración, creciente con el paso de los años, en el diario bonaerense *La Nación*, desde cuyas páginas se afanará en el recuerdo de pueblos, costumbres y gentes. Y eso a pesar de que, a diferencia de sus tres hermanos mayores, fue educado en castellano, por lo que

durante mucho tiempo viviría con la íntima sensación de que el gallego era una cosa prohibida, baja, y que la otra lengua, aquel castellano que yo manejaba, era una lengua